

vía en esos corazones enfermos de pereza. El alma popular se reanima en la corrida, como una rama invernalmente triste se enfronda bajo la tibieza de un mediodía estival.

Conociendo al pueblo español, nadie osará suprimir los toros en España. ¿Para qué? Sería cruel, inhumano, condenar á este enfermo á vivir sin su agradable morfina. Los toros le son indispensables, como al francés el ajeno y al inglés el whisky. Ningún torero traicionará jamás á su pueblo, trocando la calle de Alcalá por el camino de Damasco.

\* \* \*

Declamar contra los toros, desde lejos y sin conocerlos, es una de tantas ingenuidades propias de hombres que desean demostrar á los demás su espíritu de progreso y su afán de componer los innumerables entuertos humanos. La verdad está en los hechos y no en las doctrinas aprioristas; cada pueblo tiene enfermedades que le son propias y se busca los remedios ó paliativos que mejor le cuadran. Ese es el criterio moral del asunto.

El criterio estético no admite disyuntivas. Quien guste de bellezas y de emociones, quien admire el gesto y el valor, vaya á España y asista á una buena corrida. Diga después su impresión, honestamente, como si no temiera ser oído, con el nihilismo moral indispensable para ser sincero, sin sujetarse á preocupaciones y á sentimentalismos.

Ese hombre libre podrá afirmar que la morfina de España produce una emoción magnífica, en la cual se funden la alta voluptuosidad de la belleza y la vigorosa embriaguez de la energía.

Huelga demostrar que los pueblos jóvenes y fecundos no necesitan morfina.

## El impuesto del mar

*Sobre el Océano, 1905.*

Impelido por la hélice trepanadora, el monstruo surca la salmuera violenta, abanicado por brisas tibias, bajo un sol implacable. Nubes coquetas, de tono ceniciento, obstan sus rayos meridianos. Las más próximas proyectan sombras violáceas sobre el azul vidrioso de las olas: diríase que entre ambos trópicos flotarían errantes islotes de violetas inmarcesibles, esparcidas por mano ignota sobre la mole de agua que atesora tanto misterio de suicidios y naufragios.

Bajo la superficie oleosa contonéanse gravemente las mareas; hay, debajo, un incesante desfile de olas pesadas, amplias como gestos de antiguos oradores griegos. Así, serenamente majestuoso, con su ritmo pujante disimulado tras la aparente mansedumbre, el Océano parece mostrar en cada comba el golpe de remo de un argonauta legendario; y resulta magnífico, soberbio como el silencio de una multitud amenazadora no encrespada aún por el ciclón de pasiones sin freno, como el rebalsamiento de ígnea lava que ya no contiene el cráter y paso á paso calcina las faldas y los valles.

Sobre esa plenitud de fuerzas en movimiento avanza la nave, se mece á toda hora, inquieta, ya leve y risueña, ya profunda y sombría; ora en gárrulo tiempo de vals, ora en andar pausado de habanera tropical; y por momentos, crujiendo el maderamen, cimbrando los vidriales, rodando las *steamer-chair* sobre la cubierta impermeable, el buque se encabrita y caracolea como un brioso potro de nuestra pampa que siente sobre su lomo por vez primera la audacia del jinete.

Entonces suele gemir una voz gentil:

—Doctor, estoy mareada...

—Paciencia, amiga mía. El mareo es lógico, es necesario; la belleza tiene sus impuestos, y el mareo es uno de los más justificados: el mar cobra para que lo admiren. El ciclón devasta, el champaña embriaga, la cordillera apuna, la hermosa enamora, el genio desequilibra; toda belleza, toda fuerza, todo placer involucra una pena, un dolor, un desgarramiento. El mar conoce la infinitud de sus maravillas y exige un impuesto. El caso es sencillo: ¿su contemplación merece las molestias del mareo?

\* \* \*

Para muchos el tributo es gravoso; para la mayoría es injusto, porque no es ecuánime ni inflexible: eterna paradoja es la igualdad. Algunos lo pagan usurariamente y otros lo eluden; además, no siempre gozan los que pagan ni existe proporcionalidad entre la mengua y la satisfacción de cada uno.

Estudiar el mareo es un pasatiempo tentador para cualquier médico desocupado. Su causa es desconocida, sus formas carecen de clasificación metódica, su terapéutica está recluida en los incer-

teros tanteos del curanderismo trasatlántico. La observación empírica ilustra poco acerca del mecanismo íntimo que lo determina; apenas si permite señalar algunas diferencias fácilmente perceptibles. Cualquier observador metódico comprobará que, en general, el impuesto del mareo no se paga con uniformidad: el inglés no se marea lo mismo que el brasileño, ni las solteras como las casadas, ni el hombre como la mujer, ni el niño como el anciano. También existen diferencias cuyo origen estriba en las peculiaridades del carácter individual; un poeta no puede marearse como un luchador del casino, ni la inflada tendera de suburbio como el ágil piruetista de la arena acrobática, ni el mozalbete blandabrevas como el viejo lobo encanecido sobre el rolar de las ondas tumultuosas. Cada sujeto concibe el mareo de una manera distinta, y por ende, cada cual se marea según lo concibe, pues, en gran parte, el problema depende de la autosugestión.

\* \* \*

Melancólicamente recostada junto á la borda, una soltera asaz romántica pone los ojos en blanco, al compás de las bordadas, con regular intermitencia; sus manos exangües se pierden entre los encajes de su blusa matinal, como si peinaran complicadas cabelleras de seda fina. Mirando á ratos el intranquilo juego de las espumas coronadas por airones de rocío, brillantes como abalorios de ágatas traslúcidas, recibe con indolencia las gotas saturadas de salitre que brincan hasta perderse entre el oro viejo de su cabeza ensortijada. Sufre el mareo con gracia; de cuando en cuando sobreviene un ahilo para complementar el correcto

cuadro. Marearse de esa manera es en gran parte cuestión de coquetería y de tedio, cuando no simple deseo de evocar el recuerdo de lejanas Carlotas que sueñan con Werthers imaginarios.

Más allá, con desvencijada fisonomía de espartabobos, como antigua máscara de tragedia ateniense, la mueca de una suegra amenaza á las olas, al viento, al sol, al buque, á los pasajeros. Cruzadas las manos sobre el abdomen excesivo, los dedos pulgares jugando á perseguirse en una traslación sin fin, vigila al yerno desgraciado: tanto que una viudez prematura le privó de la esposa sin libertarle de la suegra. Esta reniega á media voz, protesta contra la Naturaleza, maldice los elementos, regaña á los que no se marean tanto como ella. Y de pronto, dando más de seis barquinazos para andar menos de un metro, se llega al pasamanos de estribor y allí se esfuerza en vano por desperdiciar los alimentos que no ha ingerido. Esa crisis produce agriación en su carácter, de suyo avinagrado, estableciéndose proporciones entre el mareo y sus acometividades agresivas.

\* \*

Sobre la cubierta esmerilada por el salitre se marea un comerciante neoyorquino. Su mayor problema es la conservación del equilibrio; cree poseer un talismán en el whisky y la cerveza, de que abusa sin reparos. Camina á toda hora separando los pies en busca de una ancha base de implantación que lo reconcilie con el perdido centro de gravedad; el sonoro taconeo de sus zapatos rememora un alegre compás de cakewalk. Huye del camarote, aborrece las sillas de viaje, no se acostumbra á los bancos; tiene, él también, su teoría,

atribuyendo á la inmovilidad todos los males. Por eso está siempre de pie, pasea á trancos y traza más eses que las pronunciadas por los inmigrantes italianos al ensayar por vez primera el estropeo del habla castellana. Sin embargo, nadie podría decir cuánto hay de mareo y cuánto de ebriedad en sus oscilaciones, pues la belleza y el alcohol parecen cobrarle un mismo impuesto.

En cambio, un brusco hacendado italiano vive sumergido en la camilla de su camarote. Entre dos boqueos se recomienda á varias vírgenes de su predilección, y más que á otras á la del Carmen. No come porque lo traiciona el estómago, aunque siente nostalgias de inolvidables ravioles y ministrones; no duerme por estorbárselo el ruido del vapor; no se levanta para esquivar los tormentos de una equilibración imposible; no fuma; no lee porque es analfabeto; ni siquiera piensa. No piensa, naturalmente; ignora esa difícil tortura en que algunos hombres se deleitan. Así yace, como un bulto á oscuras, sin que nadie comprenda el por qué de su existencia y de su viaje.

\* \*

Ruidosamente se marea una francesa, más frágil de intenciones que de costumbres. Entra y sale del comedor cada vez que lo juzga inoportuno, concentrando todas las miradas, cascabeleando sus mareos. Desde el pasillo grita sus ansias de champaña helado, que prueba y no bebe; ocupa tres mozos y dos sirvientas, emite quejas de opereta y se desmaya á voces cuando sospecha que la olvidan. Entonces arquea su cuerpo de pantera, amenaza morir y adopta visajes que le envidiarían Mimí Pinsón ó Margarita Gauthier para sus literarias

agonías. Su cónyuge es cómplice pasivo de estos mimos y desvíos, pues aunque olvidáramos decirlo, es evidente que una mujer de este corte siempre tiene un marido á la espalda.

Se burla de ella una alemana de curvas superfluas, mofetuda, cuya nariz de rojo múrice parece estar sonriendo ante la incomprensible inmensidad del mar. Tiene, como todos, su teoría; opina que los latinos sufren mareos de estómago y los anglosajones de cabeza. Para ser consecuente bebe por dos, come por tres y digiere por cuatro, pregonando á tontas y á locas que el alimento es lastre ideal contra el mareo. Bien lastrada merodea sobre cubierta, se vuelca voluminosamente sobre los bancos. Allí palidece en silencio cuando la toma el mareo de cabeza, y paga su impuesto con terribles murmuraciones, como todo contribuyente forzoso. Sin embargo, el apetito no la abandona; sufre en silencio, esperando que suene otra campana y le anuncie que es hora de repetir la embestida contra manjares y brebajes.

Un inevitable petimetre aprovecha los intervalos de su mareo para cambiar seis trajes y doce corbatas: las tiene de lazo y de nudo, plastrones y cintillos, rojas y lilas, de seda, de fantasía y hasta de raso floreado. Su flacura gomosa parece ajarse cada vez que le falla la cabeza, como si el mareo destornillase en su cerebro la imaginaria circunvolución de la elegancia.

Un viejo de barba tolstoiana gruñe sus roncos ayes desde un rincón de la popa, contemplando el ir y volver de las cadenas que aprisionan el timón y orientan á la mole sobre el mar. La entera familia de un lechero vasco, nueve personas en todo, dedica las horas hábiles del día á olfatear otros tantos frascos de agua colonia falsificada, que re-

comendó el curandero del barrio antes de embarcarse. Un setentón, veterano de muchos viajes trasoceánicos, tiene su elixir infalible en el humo de su pipa; ello no impide que el mareo le venga con frecuencia, y más de una vez, su boca empalagada por la náusea deja caer la pipa exánime, mientras su cara palidece cubriéndose de frías transpiraciones. Una rubia irlandesa parece destefñirse por los ayunos, como si la brisa marina hurtara los colores de sus mejillas.

Por fin, una morocha deliciosa entretiene su mareo dejándose enamorar por un mediquillo zum-bón, de ojos traviosos, más gustoso en devastar corazones que en curarlos, y que absuelve las consultas de la niña vertiendo en su alma galanterías corrosivas.

\* \* \*

Todos ellos, en formas diversas, pagan este impuesto de la belleza: todos se marean.

Pero ¡ironía de las cosas! ellos no son los que más gozan del espectáculo cuyo importe pagan. Es la eterna desproporción de los impuestos, agravada en este caso por la circunstancia de estar singularmente favorecidos los contrabandistas: la belleza del mar es mayor para los que menos se marean. Imaginaos un concierto donde pagaran entrada los sordos y tuviesen acceso gratuito los oyentes, ó un cinematógrafo sostenido por un impuesto á los ciegos para mayor deleite de los que ven.

El mar es así. Avaro de sus bellezas para con el mayor tributario y generoso hasta lo infinito para con los insolventes. Pero ello tiene su razón en la propia inteligencia que dirige sus excepciones.

Un artista viaja de incógnito, sin más amigos que sus propios pensamientos, sin más interlocutores que el mar y el horizonte. Vive sobre el puente de comando ó junto al astabandera de popa. Durante horas y horas mira el piélago vasto, abarcando las olas amplias y escudriñando las burbujas de espuma fugaz. Se mueve con sus propios movimientos, clama sus íntimos clamores, medita sus hondos enigmas. Luego mira hacia el Norte de la proa, como quien descifra un misterio sobre las olas y bajo las nubes, mientras se tumban á uno y otro lado los mástiles apremiados por el peso de las jarcias. Cuando arrecia el movimiento, el artista parece encelarse súbitamente; habla con el mar, animándolo á encrespase bajo el latigazo de su invectiva ó el estímulo de su loa; le grita locamente su admiración, quiere espolonearlo con el gesto, dirigir sus tumultos á compás de sus íntimos entusiasmos. Por momentos diríase que va á arrojarse en su seno, buscando fundir su alma en el abismo, como si fuese un sublime concertador de ritmos y bellezas, de rumores y energías, en quien se conjuran todas las líricas inspiradas por el mar, desde Virgilio y Byron hasta Hugo y D'Annunzio.

Ese artista ideal no se marea. El mar es inteligente: no cobra impuesto á los que comprenden toda su belleza.

## Imperialismo

*Berlín, 1906.*

Tendidas las alas serenas, el vuelo pujante, severa en su gesto que honrara los frisos de un palacio asirio, el Aguila de Prusia culmina sobre el Continente, afirmando su fuerza magnífica en cada golpe de ala que la remonta hacia la cumbre de la dominación imperialista. Su garra es prudente y robusta; su firme pupila mira alto y lejos. En todas las cosas del mundo europeo se percibe la gravitación de su influencia, como si la hora de la hegemonía hubiera sonado en su cuadrante.

Los grupos germánico y anglosajón llegan ya á su momento. Su rol histórico actual, por la acción intensa y fecunda, vale el de los grandes imperios que han llenado algún capítulo de la crónica humana.

El imperialismo existe. Es inútil manifestar simpatía ó aversión hacia él, rendirle homenaje ó cubrirlo de invectivas. La evolución histórica es sorda á las loas y á las diatribas de los apóstoles; sólo entreabre su secreto á los críticos despreocupados. Con ánimo indiferente conviene investigar el proceso histórico de su formación, determinar sus caracteres generales, observar sus medios de